

# OPINAN LOS MINEROS

Los treinta y seis mineros seleccionados para los dos cursos se han lanzado en la aventura con la confianza ciega y reconfortante de quien ve en la iniciativa la mejor de las intenciones. Les gusta el contacto con la tierra porque les resulta de alguna manera familiar. Si antes la encontraban en la materia petrificada que requería un trato rudo y violento, ahora se les presenta suave y dúctil en demanda de ternura. Y el minero la tiene. Basta conversar con él para descubrir su apego a las cosas y su nobleza de corazón.

¿Quiénes son estos hombres y qué opinan de este proyecto?

Buscamos sus respuestas en el mismo taller, donde unos se esfuerzan por manejar el lápiz e identificar las letras mientras otros trabajan el barro preparando bolas para collares. No es fácil acostumbrar la mano a las nuevas exigencias. Pero hay interés y entusiasmo.

José Vallejos Soto confiesa que en los primeros días echó de menos el pique. De sus 61 años destinó 38 a las minas del carbón donde terminó como contratista. Vive en la Población Polvorin de Lota con su mujer - dueña de casa - y sus cuatro hijos. ¿Se le ha hecho muy difícil el dominar la arcilla?

- "No, porque es un trabajo cómodo."

- ¿Qué es lo que más le gusta de esto?

- "Aprender un trabajo nuevo al que veo posibilidades de comercialización y como medio de subsistencia y como heredad para mis hijos."

Artemio Cruces, de Coronel, casado y padre de tres hijos, jubiló con 35 años de trabajo en ENACAR. Terminó siendo calderero y ahora percibe una jubilación - como los demás también - de un promedio de 4 mil pesos. ¿Le ve futuro a esta nueva actividad?

- "Creo que con lo que voy a poder hacer una vez instalado mi taller en mi casa, me va a permitir una entrada adicional que será una ayuda para el sustento de mi familia."

- ¿Cree que sus hijos se interesarán en esto?

- "Pienso que sí, y ya me están ayudando a armar mi taller."

- ¿Será mucho gasto instalar este taller?

- "No creo que sea caro instalar un taller para un oficio de estos. Lo veo positivo y como no le veo dificultad me gusta hacerlo."

- ¿Extraña la mina?

- "Se extraña por sobre todo a los compañeros y es difícil olvidar muchas cosas."

Julio Bonifacio Carriel, después de 32 años de labores en ENACAR - donde además bajó a la mina porque trabajó como inspector de obras en construcciones de superficie, vive en Lomas Coloradas y llegó al curso porque Vila lo fue a buscar.

- "Nunca me había soñado que haría algo así y resulta que ahora incluso toda mi familia está interesada en esto."

- ¿Le ve futuro?

- "Mucho futuro, y será muy provechoso para nosotros. Me doy cuenta que para nosotros significa un progreso. Sé que tengo habilidad manual."

- ¿Qué está haciendo ahora?

- "Ayudando en la adecuación del Taller Crisol. Estamos cooperando, pero lo hacemos fuera de nuestras horas de clases."

Juan Oscar Moncada estuvo cuarenta años en la mina y

su última actividad fue la de supervisor. Pasaba ocho horas diarias en la tierra, debajo del mar. Vive en Coronel, con su esposa y siete hijos.

- ¿Cómo llegó al curso?

- "Por intermedio de mis compañeros. Ellos me contactaron y me interesé."

- ¿Por qué?

- "Porque lo veo como una actividad muy útil para mí y mi familia y de muchas posibilidades."

- ¿Tiene un taller en su casa?

- "Lo estoy construyendo, es decir, estoy haciendo el horno. Me gusta trabajar la arcilla. Ojalá hubiera conocido esto hace veinte años."

- ¿Y no echa de menos el trabajo de la mina?

- "No. He cumplido una función allí, ahora quiero aprender algo nuevo en que entretere me el resto de mi vida."

- ¿Le ha costado aprender a manejar la arcilla?

- "Nada. Tienen mucha paciencia para enseñarnos y uno capta ligerito."

Baudilio Iribarren estuvo 33 años en la mina, primero en Lirquén y luego en Lota. Le interesa el curso y lo encuentra novedoso. La actividad se le hace fácil:

- "Además, hay tantos mecánicos y carpinteros que si uno se pusiera a trabajar en eso no encontraría trabajo. Pero artesanos semindustrializados no hay."

José Cisterna Jara, de sólo nueve años en ENACAR, llegó al curso estimulado por Alejandro Vila, del Taller Crisol. Ahora quiere hacerse un horno, armar su taller y producir algo que ve que tiene futuro.

Tiene dos hijos y su esposa también se ha interesado en el trabajo.

Lo mismo ocurre con Heriberto Reyes, padre de 17 hijos - "y de una sola madre!", comenta respondiendo a un comentario nuestro -, quien se acercó al curso motivado por "la patrona". A ella le "habían contado" y así lo convenció. Ahora está muy entusiasmado con la idea.

También Bernardo Jiménez, quien primero está aprendiendo a escribir antes de pensar en la cerámica, ya que una industria casera exige conocimientos básicos como saber leer y escribir. Lo acompaña Miguel Delgado -quien después de 25 años en la mina llega al curso-. Y así piensan todos los demás también: José Alarcón, Benedicto Araneda, Guillermo Araneda, Simón Aravena, Guillermo Avello, José Bernales, Manuel Carvajal, José Castro, José Créspe, José Daza, Eduardo Galdames, Pedro Guajardo, Joaquín Gutiérrez, Bernardo Iribarra, Marcellino Martínez, Ramón Molina, Juan Orellana, José Ortiz, Luis Palma, Manuel Parra, Moisés Pezo, Pedro Rivera, Antonio Santos, Adrián Tolóza, Marcos Zenteno, Luis Mardones y Arnaldo Mattenhoff.

Por último, conversamos con Máximo Riquelme, monitor de alfabetización y profesor de CAVER, quien está enseñando a leer y escribir a los catorce analfabetos que siguen el curso. Contó que emplea para sus clases un sistema rápido basado en el método sicosocial de Paulo Freire.

Así germina y crece un proyecto que junto con beneficiar a los exmineros del carbón iluminará el rostro industrial gris y lúgubre de la zona con un toque más afable que, sin duda, atraerá en el futuro y si se cuida la infraestructura pertinente, al turista chileno y extranjero.

A. Maack